

II.

Con estrépito en ráudo remolino
golpeando descende, y hace oscuro
el firmamento, y resonante y duro,
pica, rebota, troncha en su camino.

Los senderos rellena de contino,
quiebra el frágil cristal, combate el muro,
todo sufre á su paso mal seguro,
las iras de su encono tan dañino.

Al formar el monton, bailando ríe...
pero lenta su cólera declina...

y ya el ambiente es puro y perfumado;
De repente maligno vuelve airado;
cesa otra vez, y sobre tal ruína
pérfidamente el cielo se sonríe.



INVITACION Á LA QUINTA.



Á ENRIQUE PANZACCHI.

Estoy cual propietario
en un sopor profundo;
paseo meditabundo
mirando al campanario;
no leo ni un diario,
no sé nada del mundo:
si he sido yo iracundo
soy todo lo contrario.

Encuentro en mi camino
de vez en cuando al cura,
le ofrezco con mesura
un vaso de buen vino.
Ante el Civil mi inclino
con bélica apostura
pues la ordenanza dura
me exige ser muy fino.

Trabajos cotidianos:
 cuidar á las gallinas,
 coger lechugas finas
 y frescas, con mis manos;
 jugar con los alanos
 que tienen mis vecinas;
 mirar las campesinas,
 charlar con aldeanos.

Cierro los ojos: mudo,
 me siento las mañanas
 á oír cantar las ranas
 hasta que al sol yo sudo.
 Entonces, presto acudo
 á grutas comarcanas,
 para gozar con ganas
 de gran fresco, al desnudo.

Á un lado dejo el puente,
 y escucho en la alameda
 el canto que remeda
 las aguas de una fuente;
 Camino diligente
 por áspera vereda,
 y bebo el áura leda
 del perfumado ambiente.

Celebro alegre gira
 con un aldeano solo,
 trincamos con Barolo
 y duerme en paz mi lira;
 vil prosa se respira,
 y á la poesía inmolo
 roncando como un bolo
 riendo sin mentira.

Si lluvia inesperada
 sorprende la merienda,
 corremos á una hacienda
 en busca de posada;
 la hoguera deseada
 enjuga cada prenda,
 y así pronto se enmienda
 el mal de la jornada.

¡Qué vistas tan divinas;
 qué cumbre y qué llanura!
 Un manto de verdura
 y mares de colinas;
 mil nubes purpurinas
 coronan toda altura;
 el áura es tibia y pura,
 ¡las áuras subalpinas!

Desciendo por la espalda
 suave de algun cerro
 seguido de mi perro,
 y llegó hasta la falda
 del monte de esmeralda.
 En mi balcon me encierro
 y gusto del destierro
 que brinda tal guirnalda.

Y yo en mi solo cabo
 todo contemplo: admiro
 el cielo de zafiro,
 la pobre flor alabo;
 y en mi entusiasmo acabo.
 por aplaudir el giro
 del moscardon que miro,
 ó hasta el color del nabo.

Si el tiempo me es adverso
 á escape vuelvo á casa,
 mas veo en cuanto pasa,
 reir el universo.
 En mi placer perverso,
 juré hacer tabla rasa
 y me he impuesto una tasa
 si escribo un solo verso.

¡Ah! no, que entre las flores,
 entre los verdes setos,
 en vez de hacer sonetos
 para los Editores,
 hago, sentir amores
 ideales y completos,
 buscar los amuletos
 que borran los rencores.

Así, querido amigo,
 discurre mi existencia.
 ¿Vendrás? Pide licencia
 para venir conmigo;
 serás aquí al abrigo
 de toda impertinencia;
 se vive... con decencia,
 y nada más te digo.

Alcanzarás acaso
 almíbar de Turin
 melon de mi jardin
 y queso fresco y graso.
 Nada tendrás escaso;
 tendrás lejos, en fin,
 el griego y el latin
 y Olimpo y el Parnaso.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 Apdo. 1025 MONTERREY, MEXICO

Ven, pues, que mis escritos,
no los verás, lo juro,
que siempre estuve puro
del peor de los delitos;
á huéspedes contritos,
cual otros, no torturo;
no te leeré, seguro,
JAMÁS MIS MANUSCRITOS.

Cumiana, Setiembre de 1880.



UN ADMIRADOR.



I.

Cedo á la simpatía y al potente
íntimo impulso de un afecto rico
en pasión y entusiasmo, y le dedico
mi respeto, Señor, humildemente.

Y como prenda del cariño ardiente
que siento por usted, y que me explico,
un soneto le mando sobre *Vico*,
pidiéndole opinión humildemente.

Déme usted su dictámen con franqueza:
si me dice que es lindo, ya no cejo
en mi amor á las Musas, que ora empieza;
si me dice que es malo, aquí lo dejo.
Por hoy, poco demando á su largueza:
sus libros, su retrato, su consejo.

II.

Esperé la respuesta una semana.
Al cabo llega su opinion concisa
acerca del soneto, y causa risa
ver su dictámen: ¡vanidad humana!

A sabios escuché no era mediana
la muestra de mi ingenio, y tengo prisa
por decirle que hoy un diario avisa
que mi soneto elogiará mañana.

¿Cuál fué pues, diga, la razon secreta
que le hizo escupir simil juicio?
algo quizás de envidia de poeta?

¡No me admira, defectos son humanos!
mas ya lo ve, prosigo con el vicio
de escribir en soneto á los villanos.



15 DE OCTUBRE DE 1877.

